

REVISTA STULTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

DOSSIER: TRANSCURSOS MIGRATORIOS EN LOS MUNDOS
CONTEMPORÁNEOS

VOLUMEN 4, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2021

ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



El posmodernismo como teoría de la conspiración. La izquierda reaccionaria frente a la crisis de 2008

Postmodernism as a Conspiracy Theory. The Reactionary Left in Relation to the 2008 Crisis

Juan Luis Nevado Encinas
Universidad Autónoma de Madrid, España

Resumen

El vocablo “posmodernidad”, siempre controvertido y ambivalente, perdió protagonismo antes de 2008, pero en los últimos años ha ido adquiriendo —desde diversos ámbitos— una nueva y destacada presencia. Este artículo, a partir de un análisis de *La trampa de la diversidad* de Daniel Bernabé, y estableciendo paralelismos con *El Libro Negro de la Nueva Izquierda* de Agustín Laje y Nicolás Márquez, intenta evidenciar como desde cierta izquierda se ha empezado a emplear el concepto de “posmodernismo” como teoría de la conspiración equivalente, formal y conceptualmente, al *marxismo cultural* de la *alt-right*.

Palabras clave: posmodernismo, marxismo cultural, teoría de la conspiración, crisis de 2008, *alt-right*.

Abstract

The term postmodernity, always controversial and ambivalent, lost prominence before 2008, but in recent years it has been acquiring a new and prominent presence. This article is based on an analysis of *La trampa de la diversidad* by Daniel Bernabé, drawing parallels between it and *El Libro Negro de la Nueva Izquierda* by Agustín Laje and Nicolás Márquez. It tries to show how a certain part of the left has begun to employ the concept of “postmodernism” as a conspiracy theory equivalent, formally and conceptually, to the *alt-right* Cultural Marxism.

Keywords: postmodernism, Cultural Marxism, conspiracy theory, 2008 crisis, *alt-right*.

Recibido: 3/3/21. Aceptado: 15/7/21



Juan Luis Nevado Encinas es doctorando en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Madrid (UAM) y estudiante del Grado en Filosofía por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-3229-7999>

Contacto: juanluisne@gmail.com

Cómo citar: Nevado Encinas, J. L. (2021). El posmodernismo como teoría de la conspiración. La izquierda reaccionaria frente a la crisis de 2008. *Revista Stultifera*, 4 (2), 177-196. DOI: 10.4206/rev.stultifera.2021.v4n2-08.

EL POSMODERNISMO COMO TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN

Hace ya más de una década que la burbuja de las hipotecas basura (*subprime*) en Estados Unidos estalló arrastrando en bloque a la economía mundial hacia la crisis más pronunciada y significativa desde los años setenta. Lejos de reducirse a una mera coyuntura recesiva el *crash* del 2008 tuvo efectos en todos los ámbitos de la sociedad occidental, sintomatizando, quizás, unas transformaciones sistémicas de mayor calado.

Entre algunos de los elementos que parecen señalar un cambio histórico de implicaciones más profundas están, entre otros: la descomposición de los sistemas bipartidistas occidentales; la crisis de los partidos socialdemócratas y el auge de nuevas tendencias políticas reaccionarias como la *alt-right*; la descomposición del modelo económico neoliberal post-1973 y el ascenso del capitalismo digital con la consolidación del Big Data y el auge de compañías asentadas en el extractivismo de datos; la hegemonía de las Redes Sociales, el protagonismo destacado de Internet en nuestras sociedades y la irrupción de plataformas de contenido audiovisual; el auge y el estancamiento del gigante chino; la descomposición del sistema mundo post-Guerra Fría; la Primavera y el Invierno árabes; o la crisis del proyecto europeo, manifestado, por ejemplo, en el Brexit. El presente texto intenta acercarse y captar las implicaciones de esta crisis sistémica a través de un concepto que lleva décadas en el centro del debate intelectual: la posmodernidad.

La categoría posmodernidad, siempre controvertida y ambivalente, perdió protagonismo antes de 2008¹, pero en los últimos años ha ido adquiriendo, desde diversos ámbitos que señalaremos, una nueva y destacada presencia que coincide con las transformaciones que hemos indicado. Siguiendo el rastreo del término que Anderson hizo en su obra *Los orígenes de la posmodernidad*, su génesis estaría en el ámbito literario español, apareciendo por primera vez en los escritos de Federico de Onís en los años treinta. Habría que esperar a los años cincuenta para su irrupción en el mundo anglosajón a través del poeta Olson y del historiador Toynbee (Anderson, 1998). El asentamiento conceptual y hegemónico de tal término llegaría en los setenta a través de *La condición posmoderna* de Jean-François Lyotard, en donde liga, no sin polémica², la posmodernidad con lo que él considera como el fin de los “metarrelatos” (2000, p. 10). La eclosión conceptual de la posmodernidad estaría motivada por una unión entre las interpretaciones sociológicas de Daniel Bell sobre la llamada sociedad “post-industrial”, los estudios arquitectónicos de Venturi y Jenks y la muerte de

los “metarrelatos” (o “metanarrativas”) de Lyotard; en este ambiente intelectual se sostendría la posmodernidad como categoría histórica, como constructo conceptual analítico y como elemento teórico performativo para el propio desarrollo filosófico posterior. Ahora bien, tal y como señala Anderson, “la historia de la idea de lo posmoderno comienza mucho antes de la llegada de cualquier cosa que hoy se pudiera identificar sin esfuerzo como forma de lo posmoderno” (1998, p. 129).

No obstante, tras Lyotard, el concepto de “posmodernidad” seguía resultando complejo y ambiguo englobando características muy contradictorias. Jürgen Habermas, introduciéndose en el debate sin haber leído —en ese momento— la obra de Lyotard, publicó en 1980 el artículo *La modernidad, un proyecto incompleto* en donde manifestaba una de las críticas más comunes que, hasta día de hoy, y como ahora veremos, siguen presentes en la crítica hacia la posmodernidad. Para este la posmodernidad sería un fenómeno ligado a los que él llama como “neoconservadores” (Carl Schmitt y el primer Wittgenstein) que buscaría negar la modernidad junto al antimodernismo de los “jóvenes conservadores” (Derrida y Foucault) y el “premodernismo” de los viejos conservadores (1998, p. 40). Frente a esto, la obra de Fredric Jameson *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* es la primera que interpreta la posmodernidad como fenómeno integral que une las características culturales e intelectuales ambivalentes de lo llamado como “posmodernidad” o “posmodernismo” desde una perspectiva histórica. Para Jameson el posmodernismo —aunque con posterioridad hablaría de posmodernidad³— funciona como una categoría histórico-analítica que relaciona los fenómenos culturales de los setenta y ochenta con la fase del capitalismo posterior a la Segunda Guerra Mundial: *capitalismo tardío*, según Ernest Mandel, estudios en los que Jameson fundamenta su tesis (2011). Es decir, la posmodernidad sería la “lógica cultural del capitalismo avanzado”.

En líneas generales, se puede afirmar que el concepto de posmodernidad tiene un carácter periodizador, aunque su demarcación temporal e histórica siempre ha sido objeto de controversia (lo que le otorga cierta naturaleza problemática), ya que ha pivotado en torno a diferentes puntos genealógicos: el final de la Segunda Guerra Mundial (al que se le liga el capitalismo tardío mandeliano), las protestas contraculturales de los años sesenta (movimiento hippie, Mayo del 68, primavera de Praga, etcétera), la descomposición del modelo económico de Breton Woods y la irrupción del

EL POSMODERNISMO COMO TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN

neoliberalismo (años setenta) o la desintegración del bloque del Este (años noventa).

Por su parte, el concepto de posmodernismo, que en muchos casos se utiliza de forma indistinta al de posmodernidad, demarcaría una tendencia estético-artística o un estilo cultural concreto; en este caso, el agotamiento del modernismo y de las vanguardias, perdiendo estas el carácter transgresor que las caracterizaba y resultando en un arte autorreferencial y sin capacidad de escandalizar.

También, sin salir de la controversia y la polémica, con “posmodernismo” se ha intentado englobar a toda una serie de corrientes teóricas, filosóficas, historiográficas o sociológicas muy dispares: “el giro lingüístico”, el posestructuralismo, la deconstrucción, la hermenéutica posterior a Heidegger y Gadamer, los estudios post- y decoloniales y un largo etcétera. “Posmodernismo”, más que una corriente o escuela teórica concreta, sería una “actitud” o “condición” intelectual. Todas las corrientes consideradas como “posmodernistas” o “posmodernas” surgirían como respuesta a la crisis de la modernidad, siendo, en cierto sentido, una forma de hacer teoría, filosofía, historia, etc., tras Auschwitz e Hiroshima; con lo cual, compartirían una perspectiva crítica, aunque ambivalente, con respecto a las categorías modernas o ilustradas: “razón”, “sujeto”, “dominio”, “progreso”, “sistema”, “autonomía”, etcétera.

El presente escrito, por tanto, no busca delimitar con precisión “lo posmoderno” en sentido amplio. Lo que se pretende es generar un paralelismo entre dos situaciones singulares con respecto a la significación del vocablo “posmodernidad”: por un lado, el establecimiento hegemónico de la posmodernidad como concepto (años setenta) que coincidiría con una crisis del petróleo (1973) que acarreó el desplome del modelo económico de Breton Woods y la irrupción del neoliberalismo y, por otro, la situación actual tras la crisis del 2008. Con esto presente, la propuesta intenta acercarse a la resignificación de la categoría “posmodernidad” a partir de 2008 —concretamente a través de las nuevas derechas o “alt-right” y la izquierda reaccionaria— como síntoma, o no, de unas transformaciones históricas más profundas.

De la *alt-right* a la izquierda reaccionaria: hacia la resignificación del concepto “posmodernidad”

La *alt-right* ha irrumpido en el panorama político internacional tras la crisis sistémica del 2008. Su discurso bebe, en gran parte, de la retórica del

llamado —como teoría de la conspiración— marxismo cultural que une, de manera descontextualizada, el desplome del bloque del Este con la irrupción de movimientos sociales como el feminismo de segunda y tercera ola, el activismo contra la crisis climática o las corrientes teóricas del posestructuralismo o la deconstrucción. La sombra de la crítica a la posmodernidad lleva décadas asentándose en diversos ambientes políticos y académicos, pero recientemente ha adquirido un nuevo y notorio protagonismo. Fruto de todo esto, el término “posmodernidad” (o “posmodernismo”⁴) es usado como receptáculo de toda una serie de elementos dispares —y contradictorios— en forma de imagen estática a combatir por diferentes grupos. La propuesta, tal y como he señalado, quiere acercarse a su uso (y resignificación conceptual) por parte de los fenómenos políticos reaccionarios de la llamada *alt-right* y, más precisamente, a través de determinados movimientos políticos izquierdistas que absorben y comparten este discurso.

Con todo ello, el presente texto tendrá un alcance más limitado, centrándose, concretamente, en los nexos y coincidencias que se pueden apreciar —en este caso dentro del ámbito hispanohablante— entre el discurso *alt-right*, manifestado en la obra *El libro negro de la nueva izquierda: ideología de género o subversión cultural* (2016) de Agustín Laje y Nicolás Márquez, y las derivas de cierta izquierda reaccionaria⁵, concretamente en el libro de Daniel Bernabé *La trampa de la Diversidad: Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora* (2018).

Es importante señalar que mientras que en la obra de Bernabé los conceptos de “posmodernidad” y “posmodernismo” son troncales en la conformación de su tesis argumental, no ocurre lo mismo en el caso de *El libro negro*. En el cual, de hecho, no aparecen en ningún momento. Aun así —y aquí lo fundamental de la propuesta— el problema de fondo al que se enfrentan es el mismo y las respuestas que dan son similares (por no decir sustancialmente idénticas): es esta afinidad electiva (en terminología weberiana) la que busco evidenciar. Por este motivo en este texto me centro, de forma predominante, en *La trampa de la diversidad*, no por su valor en sí, que es escaso y limitado, sino por su relativa influencia y expresión de un síntoma: la resignificación de la categoría “posmodernidad” y la asimilación del discurso reaccionario por parte de determinada izquierda.

No me interesa, por tanto, un análisis formal de ambas lecturas; a pesar de lo cual, se hace necesario indicar un par de apuntes sobre la naturaleza de ambas obras: ninguna de las de dos tiene un carácter

EL POSMODERNISMO COMO TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN

académico propiamente dicho y eso se nota en la imprecisión bibliográfica, el carácter infundado de las reflexiones que se efectúan y la falta de rigor conceptual.⁶ Pero, mientras que los autores de *El libro negro* se autoafirman en la precisión y exactitud de su trabajo (p. 10), Bernabé es capaz de admitir este punto, el cual esconde un reconocimiento indirecto al carácter infundado de su obra (algo que no tendría cabida en otros ámbitos intelectuales):

Una de las ventajas de escribir un libro desde la aproximación periodística y no desde la pretensión académica es que nos podemos permitir la conjetura. Una de las ventajas de la conjetura es que, en ocasiones, es útil para señalar algo sin necesidad de demostrarlo, ahorrándonos energías y tiempo en cuestiones secundarias y a menudo indemostrables. Conjeturemos pues. (p. 41)

Claro está que su “conjetura sin demostración” acaba resultando en un ejercicio teórico hueco repleto de falacias directas e indirectas. La cuestión no es para nada baladí si tenemos en cuenta el alcance de su obra.⁷

Una de las coincidencias más claras entre los dos textos es la lectura con respecto al marxismo; de hecho, ambas comparten una interpretación de materialismo histórico esquemática y economicista anclada exclusivamente en el *Manifiesto Comunista*. Mientras que Laje y Márquez trazan una evolución lineal de esta corriente a través de Marx, Lenin, Gramsci, Laclau y el socialismo del Siglo XXI⁸ para posteriormente aplicar este esquema a Foucault como “patriarca del marxismo cultural” (p. 124) y los teóricos de la identidad de género, Bernabé contrapone la visión supuestamente “pro-moderna”, ilustrada y afín al marxismo, con la problemática posmodernidad. Pero para sustentar el análisis de lo que es “posmoderno” recurre, principal y exclusivamente, a dos obras: *Los orígenes de la posmodernidad* de Anderson y *La condición de la posmodernidad* de David Harvey⁹, el problema es que, mientras que la primera se centra más —como ya hemos visto— en la génesis conceptual del término, la segunda es una panorámica general de la misma; es decir, ninguna de ellas, a pesar la calidad indudable, son obras específicas sobre el tema que Bernabé pretendía investigar. Además, manifiesta una controversia: cita indirectamente a Jameson —ya que la obra de Anderson pretendía ser un prólogo a su obra— sin ser capaz de entender las implicaciones conceptuales ambivalentes que este buscaba tratar con el concepto de posmodernidad.¹⁰

Junto a Harvey y Anderson, Bernabé completa su lectura con reflexiones —ancladas en la teoría literaria— de Terry Eagleton, uno de los

principales marxistas críticos hacia la posmodernidad —o hacia el posmodernismo como tendencia de pensamiento intelectual—. Esto tendría su coherencia, si no fuera porque el autor británico —que niega la existencia de la posmodernidad como época histórica¹¹— bebe teóricamente de aquellas corrientes intelectuales que Bernabé llama “posmodernas” (en su caso el psicoanálisis lacaniano a través de Slavoj Žižek).

Pero ¿cómo entiende Bernabé la posmodernidad? Lo más parecido a una definición que aparece en el libro es la siguiente:

La posmodernidad es esto. Es la aceptación del mundo fragmentario e inasible de la modernidad, que lejos de enfrentarse, se celebra con una mueca de inteligente desencanto. Es la ausencia de reglas, de un caos ordenado en el que solamente parece que mediante la ironía y el descreimiento podemos fingir algo de comprensión. (p. 37)

Resulta curioso, salvando el inconmensurable abismo estilístico, la similitud de esta descripción con los poemas de Baudelaire en *Las flores del mal* que expresan el cierre epocal del Romanticismo y la apertura del vanguardismo: momento crítico de la modernidad que encumbra un cambio histórico.¹² No es de extrañar el uso que le da Walter Benjamin a Baudelaire a la hora de capturar el fin de la modernidad en sus *Tesis sobre el concepto de historia* tras el Pacto Germano-Soviético¹³ y su huida personal de Alemania, por su condición de judío, que le llevaría al suicidio en Portbou. Benjamin, con una lucidez poco habitual, supo manifestar la crisis de la modernidad a través de su eje troncal: la fe en el progreso. Pero si el progreso, tras la Segunda Guerra Mundial, se expresa a través de la figura del “ángel de la historia” como una “tempestad [que] lo empuja inconteniblemente hacia el futuro, al cual vuelve la espalda mientras el cúmulo de ruinas ante él va creciendo hasta el cielo” (2008, p. 310), ¿quién redimirá a los muertos de la historia? La legitimación de las contradicciones del presente en pos de un futuro necesariamente mejor, como defendían el positivismo más mecanicista y la socialdemocracia (vástagos decimonónicos de la modernidad), deja de tener cabida (a la puerta de la emancipación nos encontramos con el riesgo de destrucción mutua): ese es el momento de irrupción de lo posmoderno.

Bernabé, como se aprecia en todos sus textos, no es capaz de captar esto: no comprende las implicaciones de la idea moderna de progreso tras la Segunda Guerra Mundial (las desconoce, no hay ninguna mención a este problema a lo largo del libro), pero, a pesar de ello, se atreve a hacer una valoración:

EL POSMODERNISMO COMO TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN

Si la modernidad nos trajo la conciencia de que el ser humano tenía capacidad de cambiar la historia para su beneficio mediante la razón, esto es, la idea de progreso, la posmodernidad rompió la noción de historicidad, de gran relato, de horizonte, dejando a la izquierda desarmada para afrontar sus cometidos. El proyecto del neoliberalismo destruyó la acción colectiva y fomentó el individualismo de una clase media que ha colonizado culturalmente a toda la sociedad. De esta manera hemos retrocedido a un tiempo premoderno donde las personas compiten en un mercado de especificidades para sentirse, más que realizadas, representadas. (p. 96)

En *La Trampa de la diversidad* se confunde el fenómeno sociológico de la pérdida de conciencia histórica en la posmodernidad (siguiendo, indirectamente, a Jameson) con la crítica intelectual —posmoderna— a la idea de progreso. Esto se hace ignorando las contradictorias y ambivalentes implicaciones de ambos fenómenos. El resultado es un esquema antitético y cerrado entre modernidad y posmodernidad (como vuelta a lo “premoderno”) que limita la complejidad conceptual, y analítica, que entraña todo el proceso histórico. Ahora bien, Bernabé plantea el origen de la posmodernidad —lo que nos sirve para enlazarlo con las bases de la teoría de la conspiración en el siguiente epígrafe— con el origen de una actitud intelectual: el posmodernismo (el cual funcionaría como supuesto “arrepentimiento”, p. 38) que empezaría con Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*, pero que al final encubriría un descrédito de la razón y del proyecto ilustrado. Para ello, además, traza un impreciso paralelismo entre modernidad (como sentido común) y modernismo como “proyecto de intenciones generales” frente a un posmodernismo (huida intelectual hacia delante) que da paso a la posmodernidad (como nuevo sentido común).¹⁴

Para sustentar todas estas afirmaciones Bernabé simplifica y malinterpreta la lectura de Jameson sobre el capitalismo tardío de Mandel relacionándolo con Lyotard: “cuando Jean-François Lyotard, uno de los autores posmodernos de referencia, escribe en 1979 el libro que presentó a esta tendencia, *La condición posmoderna*, el capitalismo tardío aún no había entrado en escena con intensidad” (p. 39). Lo sorprendente es que relaciona la obra de Lyotard con un capitalismo tardío que “aún no había entrado en escena” cuando, precisamente, la obra de Mandel (*El capitalismo tardío*) —en la que como dijimos se fundamentaba Jameson para su teoría de la posmodernidad— es de 1972 (siete años anterior a la obra de Lyotard) y en ella se hace una lectura de la situación del capitalismo a partir de la Segunda Guerra Mundial (tres décadas antes a estos debates). Pero este

error interpretativo y temporal es utilizado para fundamentar su tesis principal: la adecuación consciente (lejos de sus contradicciones, afinidades electivas, coincidencias y fenómenos históricos inconscientes o “inmotivados”) entre la irrupción hegemónica del posmodernismo (como actitud intelectual) y el auge del neoliberalismo. En la intencionalidad cuasi-absoluta de todo el proceso se sustenta la fundamentación conspiranoica que esconde la obra.

“Posmodernismo”, con estas bases endeble, acaba siendo todo aquello que no tiene un discurso marcadamente obrerista —que para Bernabé es sinónimo de “marxismo”— en sentido estricto. Este pseudo-marxismo se reduce, tal y como opera en Bernabé, a aquellas interpretaciones que centran su enfoque en una visión identitaria del obrero, haciendo énfasis en la cuestión de clase desde una perspectiva objetivista. De esta manera se ataca a un colectivo intelectual —inexistente tal y como se define— y, por la repercusión de sus tesis, se fragmentaría la conciencia, objetiva, de la clase obrera sobre sí misma, al enfatizar supuestamente unas cuestiones identitarias y culturales (de importancia secundaria) que le harían el juego al libre mercado al caer en la ruleta del “mercado de la diversidad”:

Si el mercado de la diversidad hace referencia a nuestra relación con la política y su apropiación como producto neoliberal, lo posmoderno hace referencia a la forma teórica que adopta esta política de la diversidad, el clima de ideas que la ha hecho posible. (p. 136)

El punto central de “lo posmoderno” sería el supuesto auge de lo cultural en contraposición de lo material (entendido como economía o “condiciones materiales”), algo en lo que Bernabé vuelve a coincidir con la *alt-right*¹⁵. Mientras que Laje y Márquez vienen a llamar “cultura” e “ideología” prácticamente a todo lo que no sea economía o política (p. 28) —como político-administrativo, entiéndase— Bernabé expresa una concepción decimonónica y limitada de la misma, reduciéndola al arte, las prácticas y tradiciones populares y a la industria cultural (pp. 170-173). De esta forma, la manera de abordar la cuestión viene a ser prácticamente similar: el supuesto descentramiento del materialismo histórico (en una interpretación esquemática y simplista) que dejó de centrarse en asuntos económicos (supuesta estructura del modelo) a cuestiones ideológicas y culturales (supraestructura).¹⁶ Claro está que mientras que los *alt-righter* entienden esto como un fenómeno intelectual dentro del marxismo, el

EL POSMODERNISMO COMO TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN

marxismo cultural (dominante tras el desplome de la URSS), el madrileño lo entiende como una actitud intelectual anti-marxista.

Lo político se escindiría en dos dimensiones: lo simbólico, como elemento representativo y subjetivo (centrado en cuestiones de género, procedencia étnica, libertad sexual, etcétera) y lo material, como esfera de lo objetivo (las cuestiones de clase). El dominio de la dimensión simbólica (o cultural) abriría la puerta a lo que desde ámbitos conservadores se conoce como “guerra cultural”, un concepto reaccionario que es recogido por Bernabé (pp. 108-109). Para sostener esta visión recurre a la filósofa estadounidense Nancy Fraser (2000), concretamente a su artículo de hace dos décadas: *¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era «postsocialista»*. En ese trabajo, la autora distingue, en un doble eje, entre políticas de redistribución y reconocimiento (eje horizontal) y, a su vez, entre políticas de afirmación y transformación (eje vertical). El objetivo de Fraser consistía en intentar trascender al multiculturalismo predominante” para proponer un énfasis en las relaciones materiales de la economía política frente a lo cultural, estudiando las interrelaciones entre las cuestiones de género, raza o clase, mostrándose esta última como la única no mixta: un eje transversal que atraviesa todos los conflictos políticos. Es así como Fraser, todavía en el 2000, no era capaz de superar una visión biologicista del sexo (entendido como “materia” en sentido físico), centrándose exclusivamente en los problemas del sexismo y el androcentrismo (sin llegar a un replanteamiento del binarismo sexual de constitución moderna-occidental), una posición que iría matizando en los últimos años. Bernabé recoge de forma simplificada este análisis, distinguiendo entre las injusticias económicas —a la que le corresponden las políticas de redistribución— (eje transversal de clase para Bernabé) y las injusticias culturales y simbólicas —políticas de representación— (ejes horizontales subordinados a la cuestión de clase: la raza o el género) (pp. 125-126).

No sorprende que Bernabé acabe adoptando una posición TERF (Feminista Radical Trans-Excluyente), o de Radfem (Feminismo Radical), en la cuestión del género. En un reciente artículo, en respuesta a la expulsión del Partido Feminista Español de la coalición Izquierda Unida, el periodista ataca sin compasión a los colectivos trans (ligándolos sin contextualización a la teoría queer¹⁷). La argumentación lleva a un máximo extremo la consideración vergonzante pseudo-marxista de “materia” como “realidad objetiva” digna del más rancio abolengo positivista. El resultado es una

interpretación biologicista y profundamente tráfnsfoba de la identidad sexual que coincide, a su pesar, con las tesis ultracatólicas más reaccionarias¹⁸:

No parece casual que muchas feministas tachen a esta teoría [queer] de misógina, al negar la *realidad material* de la mujer, hembra de la especie humana, y de neoliberal al transformar una construcción cultural impuesta socialmente en una mercancía que se performa. Así en el mejor de los casos la mujer pasa a ser un colectivo más de la diversidad y en el peor una incomodidad lingüística, que bajo la excusa de la transfobia, se hace desaparecer sustituyéndola por apelativos tan ocurrentes como "progenitor gestante" o "persona con vagina". Y esto, en un país donde la violencia machista es una lacra, debería ponernos en alerta de las consecuencias de estos experimentos llevados de los ensayos a las leyes sin una reflexión en profundidad. (24 de marzo de 2020)

Por si fuera poco, como buen objetivista, Bernabé acaba cayendo a un universalismo paternalista (y moderno) que, según él, debe ser aplicado "en cualquier parte del planeta" (2018, p. 188).

Como se podrá observar la adecuación entre el discurso *alt-righter*—en este caso manifestado en Laje y Márquez— y el de la izquierda reaccionaria—manifestado en Bernabé— comparten uno nexos comunes muy significativos. Esto se debería a una misma actitud intelectual: la teoría de la conspiración. Pues bien, si desde los sectores ultraderechistas actuales se ha acuñado la expresión de "marxismo cultural", el uso del vocablo "posmodernismo" vendría a cumplir, como dije más arriba, exactamente la misma función en la izquierda reaccionaria.

La delgada línea de la teoría de la conspiración: del "marxismo cultural" al "posmodernismo"

Cuando en el presente texto hablo de "teoría de la conspiración" —o "conspiración global"— me refiero a aquellas interpretaciones que sostienen que determinado fenómeno de dimensión histórica y mundial responde a un plan racionalizado y sistemático orquestado conscientemente por una élite concreta y cognoscible. Es decir, hablo de las teorías que agotan todo un proceso histórico a la labor motivada de un grupo, como si una realidad histórica se conociese a sí misma.

Estamos, por tanto, ante una ficción que intenta explicar y reducir un proceso a un relato coherente dotado de significado. Su función es únicamente narrativa; carece de fundamentación y precisión conceptual, pero cumple un determinado papel social o, en el caso que estoy estudiando,

EL POSMODERNISMO COMO TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN

trata de articular una alternativa a través de un enemigo delimitado al que oponerse. Como indica Ricardo Piglia: “El complot sería entonces un punto de articulación entre prácticas de construcción de realidad alternativas y una manera de descifrar cierto funcionamiento de la política” (2002, p. 4).

Laje y Márquez, volviendo *al Libro negro de la nueva izquierda*, componen una teoría de la conspiración de manual. Su definición de “marxismo cultural” o “neomarxismo” se expresa en forma de contubernio feminista-ecologista-indigenista-lesbomarxista que tendría como origen el Foro de São Paulo de 1990:

Desde entonces, dicho Foro y organizaciones afines vienen reclutando, aggiornando y reciclando a toda la izquierda regional por medio de calculadas sesiones políticas e ideológicas que buscaron y buscan afanosamente darle nuevos impulsos a viejas ideas. En efecto, el comienzo de los años '90 fue clave para la reconversión y reinención de una ideología que ya no podía exhibir la “Hoz y el Martillo”, ni ofrecer expropiación de latifundios, ni reformas agrarias, ni divagar con la plusvalía, ni tampoco seducir a potenciales clientes con la trillada luchas de clases. Ya nada de todo este discurso resultaba atractivo a la opinión pública occidental y además, sabía a naftalina. (pp. 38-39)

La tesis sobre el posmodernismo es similar en Bernabé —aunque de forma más imprecisa y matizada—. El madrileño, como se ha ido señalando a lo largo del texto, afirma el uso y difusión consciente —a través de la financiación y el patrocinio— de las teorías posmodernas por parte del capitalismo, el neoliberalismo o la burguesía:

El neoliberalismo utilizó el posmodernismo para dismantelar a la izquierda, para extender su amoralidad y cinismo como valores aceptables, para crear un estado de las cosas donde su proyecto no es que fuera el más apropiado, sino el único posible. (p. 46)

En otros momentos de la obra no solo se indica esta instrumentalización del posmodernismo, sino que se llega incluso a afirmar (sin datos) que su origen habría tenido un fin concreto: dismantelar las opciones electorales del Partido Comunista Francés durante el mayo del 68 (p. 40). Sea como fuere, el esquema conspirativo del “posmodernismo”, como teoría financiada y difundida por el *establishment* neoliberal, para acabar con el marxismo y el movimiento obrero, es el hilo rojo de *La trampa de la diversidad*. Bernabé, de manera muy aclaratoria, afirma lo siguiente:

Tanto en este ejemplo televisivo como en el papel que desempeñaron los técnicos de estudios de mercado en el ascenso de Blair y Clinton, cabe la

posibilidad de creer que estamos insinuando una especie de conspiración o al menos de dirección por parte de las cabezas del libre mercado. Aunque think tanks y demás herramientas de creación del ideario neoliberal habitualmente infiltran sus ideas utilizando todo tipo de tácticas oscuras, estos fenómenos se deben a la primacía de determinados campos profesionales y de la ocupación de estos campos de importancia por la clase media real. Los valores y estilos de vida de este subgrupo han colonizado la sociedad no por un fenómeno mágico, sino por su importancia adulterada en lo electoral, pero también porque estas personas ocupan puestos clave en las industrias culturales, comunicacionales y creativas. Cuando tienes las herramientas para narrar a una sociedad, acabas haciendo que se parezca a ti. (p. 105)

Resumiendo, Bernabé confunde el *síntoma* (las derivas intelectuales post-Segunda Guerra Mundial, arraigadas en la crisis de la modernidad, que suponen una respuesta al auge de la sociedad del consumo de masas) como una *causa* fundamental de todo un proceso histórico. Se trata de una causa que, para él, partiendo de un esquematismo pseudo-marxista, es directa y autoconsciente y se manifiesta en una adecuación lineal entre el auge del neoliberalismo y la hegemonía del supuesto, e inequívoco, discurso posmoderno. Lo controvertido es que los autores que normalmente se suelen asociar a las derivas teóricas de la posmodernidad como Jaques Derrida, Michael Foucault, Gianni Vattimo o Gilles Deleuze son despachados en apenas en párrafo: “lo importante no eran los hechos, las identidades, las intenciones, los mensajes... sino sus interpretaciones, siempre múltiples, fragmentadas e inasibles” (p. 43). Pero, aun con todo, a lo largo del libro apenas aparece ninguna cita directa sobre ninguno de ellos. En ningún momento queda claro lo que se está hablando con “posmodernismo”: el diagnóstico es precipitado y torpe. Estas imprecisiones oscurecen la verdadera relevancia de aquellos teóricos, porque Bernabé es incapaz, quizás por un desconocimiento directo de sus obras, de situarlos contextualmente con respecto a la descomposición de la metafísica y la crisis de la modernidad en la que operan. Se genera por tanto un enemigo intelectual, el posmoderno, acorde al neoliberalismo y acoplado a él, que se constituye como el pilar fundamental de la llamada “trampa de la diversidad”.

Antes de finalizar es necesario señalar algo. Hemos afirmado reiteradamente el carácter pseudo- y anti-marxista de la izquierda reaccionaria. Esto merece una aclaración. Siguiendo la lectura de Felipe Martínez Marzoa en la *Filosofía de “El Capital”*, Marx intentó poner en

EL POSMODERNISMO COMO TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN

evidencia la naturaleza necesariamente construida (ideología) de la verdad, lo cual abre la puerta a la propia pérdida de verdad (nihilismo), evidenciando las bases sociopolíticas que están detrás, inconscientemente, de esas categorías. Es una lectura que, según Marzoa le acerca a Nietzsche (2018, p. 155). No es de extrañar que Ricoeur lo considerase como uno de los “padres de la sospecha” (2004, p. 34), algo que inició una actitud con la que irrumpiría la filosofía de la posmodernidad: el llamado “giro lingüístico”¹⁹ tendría un protagonismo fundamental, comprendiéndose el lenguaje como ámbito de la materialidad que evidencia la superación del dualismo moderno entre la realidad y su significación (escisión objeto-sujeto). En esta contradicción pivotan las corrientes actuales; es decir, en el carácter problemático y problematizador frente a la sistematización (y busca de la unidad²⁰) de la filosofía de la modernidad.

Pero las contradicciones implicadas en la sociedad moderna entre lo económico y lo ideológico evidencian, además, el carácter interrelacionado —e inmotivado— de ambas cuestiones. Lo cultural no puede, o debe, reducirse a una lectura decimonónica: es una categoría transversal, difícilmente reducible a una definición enciclopédica. Esto es lo que intentaba manifestar Marx. Frente a un materialismo histórico de salón, el conocimiento (conciencia) por parte del proletariado sobre el propio funcionamiento de la sociedad moderna (como estructura económica) es lo que permitiría la superación revolucionaria del capitalismo.

Conclusiones

Al haberme centrado, casi exclusivamente, en un caso de estudio muy concreto, señalar alguna conclusión de carácter general puede inducir a error. Por ende, no puedo afirmar nada con rotundidad con respecto al uso y desuso de la categoría “posmodernidad” a partir de 2008. Ahora bien, sí es posible intentar “desvelar” de forma sintomática cierta tendencia (que debe ser ampliamente contrastada con otras obras) a partir de Laje y Márquez (como representantes de la *alt-right*) y Bernabé (como representante de lo que —no sin polémica— he venido a llamar como “izquierda reaccionaria”). El concepto de posmodernismo (frente al de posmodernidad, que vendría a ser la hegemonía histórica de este) cumpliría, a partir de 2008, la misma función que el marxismo cultural cumple para la extrema derecha actual: el de relato conspirativo.

El llamado “marxismo cultural” y el “posmodernismo” son dos caras de la misma moneda. Estamos ante dos narrativas (cuyo auge coincide con

la descomposición sistémica post-2008) similares en forma y fondo y que intentan dar una explicación cerrada y coherente sobre el sistema actual, la hegemonía neoliberal y el auge de nuevos movimientos sociales. Ambas teorías señalarían, de forma infundada y precipitada, que detrás de la evolución intelectual occidental del último medio siglo (la descomposición del discurso ilustrado) se esconde la acción consciente y motivada por parte de una élite con intereses socioeconómicos ocultos (ya sea el *establishment* neoliberal, el “lobby gay” o la fundación *Open Society* de George Soros).

Para finalizar, es menester indicar también la sorprendente adecuación entre el discurso de Daniel Bernabé y el de los ultraderechistas argentinos. Que desde sectores autodenominados como izquierdistas se estén adoptando lecturas similares a la de la *alt-right* puede estar evidenciando su consolidación hegemónica en diversos ámbitos. La cuestión no es menor si se considera la trascendencia de estos fenómenos en la actualidad; por ello, un acercamiento a estos procesos desde una actitud intelectual crítica puede ayudarnos —si se me permite la toma de partido— a la problematización del presente y a dar una respuesta firme y comprometida a la extrema derecha en todas sus formas.

Notas

¹ Motivado, en parte, por la muerte de los principales teóricos asociados a la misma: Michel Foucault (1984), Félix Guattari (1992), Gilles Deleuze (1995), Jean-François Lyotard (1998), Pierre Bourdieu (2002), Jacques Derrida (2004), Richard Rorty (2007) o Jean Baudrillard (2007).

² El mismo acabaría confesando, con una cierta dosis de cinismo, lo siguiente sobre su propia obra: “Me inventé historias, me refería a una cantidad de libros que nunca había leído, y por lo visto impresionó a la gente; todo esto tiene algo de parodia... Es simplemente el peor de mis libros, que son casi todos malos, pero este es el peor” (Anderson, 1998, p. 40).

³ Ya que, según él, su “intención no era identificar un estilo artístico concreto —al que todavía podemos llamar «postmodernismo»— sino describir un cambio cultural sistémico”, a esto es a lo que se refería como “postmodernidad” (2016, p. 20).

⁴ La imprecisión categorial está presente en el propio término: se usan, como hemos señalado más arriba, casi indistintamente los vocablos posmodernidad y postmodernismo. Sin entrar en detalle más precisos, “posmodernidad” haría referencia, en sentido amplio, a la crisis de la modernidad y a los fenómenos intelectuales, históricos, epistémicos y sociológicos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. “Posmodernismo”, por su parte, quedaría reducido a una serie de corrientes y estilos estético-artísticos y literarios que irrumpirían, o evidenciarían, el fracaso de las corrientes vanguardistas (modernismo) o, como señala Jameson,

EL POSMODERNISMO COMO TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN

“el momento [...] en que la posición del alto modernismo [chocante y subversivo] y su estética dominante quedó establecida en la academia” (1999, p. 36).

Por otro lado, desde los ambientes estudiados en el presente texto, se suele utilizar “posmodernismo”, como en el caso de Bernabé que se señala más abajo, como corriente intelectual que intenta desacreditar al marxismo y a las tesis ilustradas. Si bien es cierto que hay, o se pueda hablar, de una filosofía posmoderna (o filosofía de la posmodernidad) —concretamente el post-estructuralismo, la deconstrucción o la hermenéutica— su amplitud teórica y los elementos dispares y contradictorios entre todos ellos están lejos de evidenciar la existencia de una corriente, o escuela, que pueda llamarse “posmodernista” como tal.

⁵ Con “izquierda reaccionaria” no quiero dar a entender la existencia de una corriente política en concreto, es una “actitud”, una deriva que abarca, de forma transversal, a una parte de la izquierda: desde la tradición folclórica estalinista hasta la centroderecha liberal que se autoafirma como “izquierdista. Sobre el concepto de “izquierda reaccionaria” en España remito a dos artículos periodísticos que escribí para El Salto: “Sombras conspiranoicas: no digan posmodernismo, digan marxismo cultural” (Nevado, 29 de septiembre de 2020) y “Progreso y reacción: falsas dicotomías” (Nevado, 8 de diciembre de 2020). También recomiendo el artículo de Mario Martínez Zauner en El Cuaderno: “La trampa de la conjetura y el discurso reaccionario” (Martínez Zauner, marzo de 2021).

⁶ *El libro negro de la nueva izquierda* es una colección flagrante de errores bibliográficos, además su uso es tramposo y manipulado. Se toma, por ejemplo, como fuente directa unos videos de la organización antiabortista *Center for Medical Progress* sobre la ONG *Planned Parenthood* en los que, supuestamente, estos evidenciarían la puesta en venta de tejidos fetales, una práctica que, según los alt-righter, les permite lleva[r] adelante millonarios negocios” (2016, p. 97). Dichas pruebas audiovisuales han sido desacreditadas al haber sido demostrada su manipulación (Kliff, 28 de agosto de 2015).

En otro lugar se citan unas declaraciones de la política española de Podemos (actual directora del Instituto de las Mujeres) Beatriz Gimeno, en las cuales, supuestamente, habría afirmado que la “heterosexualidad causa daños a la mujer” (p. 107). Si nos vamos al enlace referenciado —en el que solo se han quedado con el titular— se evidencia que esto no es cierto: Gimeno ataca a la heterosexualidad obligatoria; es decir, critica la imposición cerrada de esta orientación sexual hacia las mujeres; un “pequeño matiz” que cambia completamente el sentido de la afirmación (Anónimo, 15 de junio de 2015).

La trampa de la diversidad de Bernabé no está exenta de estos problemas, se llega al punto de plagiar literalmente dos páginas enteras de la Wikipedia en inglés. La definición que se da de VALS, Values and Lifestyles, (Bernabé, 2018, pp. 55-56) coincide, exactamente, con la entrada de VALS que aparece en la Wikipedia inglesa traducida al español (la cual se referencia, pero no aparece como cita directa). Véase: <https://en.wikipedia.org/wiki/VALS> [Recuperado el 26 de febrero de 2019].

⁷ Bernabé fue galardonado en 2018 con el Premio Semilla del Clavel por parte del PCE por, literalmente, haber “conseguido crear conciencia, promover o estimular a la sociedad en dirección hacia una buena causa” (Bernabé, 17 de agosto de 2018).

⁸ Limitando la lectura a una selección concreta y descontextualizada de obras: *el Manifiesto comunista* (Marx y Engels) —que confunde los prólogos de Engels con la obra del propio Marx—, una Antología sobre Antonio Gramsci (centrándose en un par de textos de juventud), *Hegemonía y estrategia socialista* de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, un par de artículos de supuestos marxistas y alguna cita de Wikipedia.

⁹ La obra de Harvey, de hecho, pretendía estudiar las implicaciones culturales del posmodernismo como “condición histórica que debía ser dilucidada” que se expresa en un carácter de “nociones en conflicto” (1990, p. 11). Esta perspectiva histórica es la constante entre la mayoría de los teóricos de la posmodernidad, algo que difícilmente puede apreciarse en la obra de Bernabé. Es cierto que el autor madrileño pivota entre una concepción de “posmodernidad” como “sentido común de época” y una lógica intelectual anti-marxista (la cual en algunos casos llama como “posmodernismo”), pero no es capaz de integrar la explicación desde su totalidad.

¹⁰ Su propósito, siguiendo la actitud de Marx, pretendía “pensar este desarrollo al mismo tiempo en términos positivos y negativos” (2011, p. 104), es esta perspectiva sobre la naturaleza de la posmodernidad —la comprensión del tiempo histórico en sus contradicciones y potencialidades— la que Bernabé parece omitir.

¹¹ Ya que reduce la conceptualización epocal a los modos de producción: en este caso al capitalismo, con lo cual, para él, la modernidad no habría sido superada. Aun así, Eagleton no se queda ahí y es capaz de evidenciar las contradicciones y ambivalencias de tal categoría y sus implicaciones conceptuales e históricas. La posmodernidad según él, captando muy elocuentemente los síntomas de transformación sistémica, sería “un estilo de pensamiento que desconfía de las nociones clásicas de verdad, razón, identidad y objetividad, de la idea de progreso universal o de emancipación, de las estructuras aisladas de los grandes relatos o de los sistemas definitivos de explicación.” (Eagleton, 1997, p. 11).

¹² El tiempo, como expresa Baudelaire a través del reloj, se convierte en un contino homogéneo y vacío: hijo de la racionalización industrial, o replicando a Bernabé: “la aceptación del mundo fragmentario e inasible de la modernidad”. Pero Bernabé no comenta nada nuevo:

¡Recuerda! que el Tiempo es un jugador ávido
Que gana sin trampear, ¡en todo golpe! es la ley.
El día declina; la noche aumenta: ¡recuerda!
El abismo tiene siempre sed; la clepsidra se vacía.
(LXXXV. El reloj. Las flores del Mal. Charles Baudelaire). (2016. p. 116)

¹³ Un pacto geopolítico que sirve como ejemplificación o “imagen” de las contradicciones de la Modernidad, un acuerdo que se une a otros similares entre la Alemania de Hitler y estados democráticos liberales como Francia o Reino Unido

EL POSMODERNISMO COMO TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN

(como los Acuerdos de Múnich) que contribuyeron a la expansión y la consolidación del fascismo en Europa occidental.

¹⁴ Una división que, no obstante, no mantiene en el resto de la obra: utilizándose “posmodernidad” y “posmodernismo” sin distinción alguna.

¹⁵ Bernabé escinde, dualmente, la cultura de la materia, que acaba convirtiéndose en una categoría pseudo-física y objetiva, cercana, vergonzantemente, a cierto positivismo (p. 128). De igual manera se expresan Laje y Márquez, según los cuales la izquierda abandonó la lucha económica (materialidad) por las luchas ideológicas (cultura), (p. 28).

¹⁶ El filósofo español Felipe Martínez Marzoa critica esta lectura tradicional que se ha hecho a la obra de Marx, ya que, según él, la llamada “estructura económica” sería una conceptualización de un particular (la sociedad moderna) entendida de forma completa y no la “base” de un modelo general (materialismo histórico) aplicado a un caso concreto (el capitalismo decimonónico). Con lo cual, los elementos “ideológicos” no estarían yuxtapuestos, sino que estarían “implicados” en la propia estructura de la modernidad (2018, p. 133).

¹⁷ La cual es desacreditada por el hecho de proceder, según Bernabé, de las universidades estadounidenses, al hacerse una adecuación falaz entre la procedencia teórica y el neoliberalismo.

¹⁸ Con respecto al *Libro negro de la nueva izquierda* tómese, por ejemplo, esta afirmación que podría haber sido firmada por Bernabé:

¿Pero parece realmente arbitraria la distinción de los sexos a la luz de las diferencias anatómicas, fisiológicas y funcionales-reproductivas que ambos presentan? De ninguna forma como se verá con más profundidad luego; en efecto, la diferencia de los cuerpos y sus funciones constituyen un dato primario para la categorización del binomio hombre-mujer, que ha sido utilizado a lo largo de todas las sociedades humanas que ha visto este mundo, en término primero, a la hora de la división social del trabajo”. (p. 70)

¹⁹ Bernabé también aborda la problemática lingüística reduciéndola al ámbito de lo cultural (como supraestructura), intentando impugnar a toda una actitud filosófica con respecto al mismo (Ferdinand de Saussure, Ludwig Wittgenstein o Richard Rorty) sin haber leído a ninguno de estos autores. Volviendo, una vez más, a posiciones cercanas al positivismo (o al neopositivismo en este caso) e incluso a medievales, defendiendo la conexión directa y lineal entre la palabra y la cosa, casi por “ostensión” (como diría San Agustín) o por “familiaridad” (como diría Bertrand Russel):

El lenguaje, que es una de las máximas expresiones de lo cultural, es siempre un arma, pero acaba resultando la única disponible cuando todos los conflictos quedan relegados al campo de la representación. En el ciclo de protestas existían auténticos enfrentamientos descarnados entre palabras como «ciudadano» y «clase trabajadora». Se veneraba el lenguaje, se le otorgaban unas cualidades mágicas al desvincularlo de su referente material. (pp. 133-34).

²⁰ Como señalaron Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*: la Ilustración es totalitaria: “solo está dispuesta a reconocer como ser y acontecer aquello que puede reducirse a la unidad; su ideal es el sistema” (2007, pp. 22-23), evidenciando la indisoluble conexión entre razón (como instrumento) y dominación.

Referencias

- Adorno, T. y Horkheimer, M. (2007). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Akal.
- Anderson, P. (1998). *Los orígenes de la posmodernidad*. Anagrama.
- Anónimo (15 de junio de 2015). La heterosexualidad provoca daños en la mujer. *La Gaceta*. <https://gaceta.es/noticias/heterosexualidad-herramienta-politica-15062015-1352>
- Baudelaire, C. (2016). *Las flores del mal*. textos.info.
- Benjamin, W. (2008). *Walter Benjamin. Obras* (Vol. 2, Libro I). Abada.
- Bernabé, D. (2018). *La trampa de la diversidad: Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*. Akal.
- Bernabé, D. (18 de agosto de 2018). *Premios Claveles de Málaga*. <http://www.danielbernabe.com/2018/08/premio-claveles-de-malaga.html>
- Bernabé, D. (24 de marzo de 2020). La izquierda claudicante. Más allá de la expulsión del partido feminista. *Público*. <https://blogs.publico.es/otrasmiradas/29614/la-izquierda-claudicante-mas-alla-de-la-expulsion-del-partido-feminista/>
- Eagleton, T. (1997): *Las ilusiones del postmodernismo*, Buenos Aires: Paidós.
- Fraser, N. (2000). ¿De la redistribución al reconocimiento? “Dilemas de la justicia en la era «postsocialista»”. *New left review*, 0, 126-155.
- Habermas, J. (1998). La modernidad, un proyecto incompleto. En Foster H. *La posmodernidad*. Kairós.
- Harvey, D. (1990). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu.

EL POSMODERNISMO COMO TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN

- Jameson, F. (1999). *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998*. Manantial.
- Jameson, F. (2011). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós.
- Jameson, F. (2016). *El postmodernismo revisado*. Abada.
- Kliff, S. (28 de agosto de 2015). I thought I saw all the Planned Parenthood sting footage. Turns out the tapes were edited. *Vox*.
<https://www.vox.com/2015/8/28/9217323/planned-parenthood-tapes-edited>
- Lyotard, J. (2000). *La condición posmoderna*. Cátedra.
- Márquez, N. y Laje, A. (2016). *El Libro Negro de la Nueva Izquierda: Ideología de género o subversión cultural*. Unidad Editorial.
- Martínez Marzoa, F. (2018). *La filosofía de "El Capital"*. Abada.
- Martínez Zauner, M. (marzo de 2021). La trampa de la conjetura y el discurso reaccionario. *El Cuaderno*.
<https://elcuadernodigital.com/2021/03/01/la-trampa-de-la-conjetura-y-el-discurso-reaccionario/>
- Nevado, J. L. (29 de septiembre de 2020). Sombras conspiranoicas: no digan posmodernismo, digan marxismo cultural. *El Salto*.
<https://www.elsaltodiario.com/opinion/sombras-conspiranoicas-posmodernismo-marxismo-cultural-daniel-bernabe>
- Nevado, J. L. (8 de diciembre de 2020). Progreso y reacción: falsas dicotomías. *El Salto*
<https://www.elsaltodiario.com/opinion/progreso-y-reaccion-falsas-dicotomias>
- Piglia, R. (2002). Teoría del Complot. *Ramona*, 23, 4-15.
- Ricoeur, P. (2004). *Freud: Una interpretación de la cultura*. Siglo XXI.

REVISTA STULTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

DOSSIER: TRANSCURSOS MIGRATORIOS EN LOS MUNDOS
CONTEMPORÁNEOS

VOLUMEN 4, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2021

ISSN 0719-983X

Presentación del dossier: Transcursos migratorios en los mundos contemporáneos.

Daniel Jofré y Fedra Cuestas

Solicitud de asilo, refugio: el destino de una posición “traumática” del extranjero.

Olivier Douville

Inmigrantes en Chile: voces de los actores.

Lorenzo Agar Corbinos

Migraciones y refugio LGBT+: democracia sexual en tiempos de crisis.

Vanessa Marinho Pereira

Comercio murid en la *polis* barcelonesa: el reto a la ciudad terciarizada.

Oskar-Ananda Ladero Icardo

Entrevista a Emmanuel Renault y Christian Lazzeri.

Ricardo Salas, Cristóbal Balbontín, Andrés MacAdoo, Paulina Pauchard, Mario Samaniego,
Cristián Valdés, Harold Dupuis, María Beatriz Gutiérrez

La des-institucionalización del sujeto como perspectiva a una crisis social.

Gonzalo Núñez Erices

El posmodernismo como teoría de la conspiración. La izquierda reaccionaria frente a la crisis de 2008.

Juan Luis Nevado Encinas

Hacia una ontología del libro electrónico: naturaleza y propiedades.

Elena Sánchez-Muñoz

Reseña de González de Oleaga, M., Meloni González, C., y Saiegh Dorín, C. (2019). *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria.*

Mariana Norandi

Reseña de Aldunate Flores, P. (2020). *Poemas del diamante.*

Consuelo Pilar Bowen Parada